

LUIS DE GÓNGORA Y ARGOTE (1561-1627)

*SILVAS*

I

*A los poetas que asistían en Ayamonte*

Por este culto bien nacido prado,  
que torres lo coronan eminentes,  
que guarnece el cristal de Guadiana,  
su monte deja Apolo de dos frentes  
con una y otra Musa soberana:  
sacro escuadrón de abejas, si no alado,  
susurrante, y armado  
de lirás de marfil, de plectros de oro.

Este, pues, docto enjambre y dulce coro,  
maravillas libando, no ya aquellas  
efímeras de flores  
que a la madre gentil de los Amores  
deben, y a sus estrellas,  
tan breve ser, que en un día que adquieren  
alegres nacen y caducas mueren,  
sino otras maravillas

que marchitar en vano  
pretende el tiempo desde las orillas  
que los términos besan del Tebano,  
hasta el hombro robusto  
del español Atlante,  
del muro de diamante  
del Pirineo adusto:

sacras plantas, perpetuamente vivas,  
émulas no de palmas ni de olivas  
(que en duración se burlan y en grandeza  
de cuantas ostentó naturaleza),  
sino de las pirámides de Egipto,  
de la estatua de Rodas,  
puesto que ya son todas  
polvos de lo que de ellas está escrito.

Incultas se criaron y difusas  
en lo que España encierra,  
pero ya poca tierra  
alimento las hace de las Musas;  
que en este prado solo  
las ha querido recoger Apolo,  
donde sus sombras solicitan sueño  
tal, que el dios se ha dormido

en el campo florido,  
y mudo pende su canoro leño,  
para quien luego apela  
el docto enjambre que sin alas vuela;  
y con arte no poca  
las flores trasladando de su boca  
a la sacra vihuela,  
dulzuras acrecientan a dulzuras.

El rubio dios recuerda,  
y pulsando una dulce y otra cuerda,  
la métrica armonía  
que en Delfos algún día  
al tiempo le hurtó cosas futuras,  
de suavidad ahora el prado baña.  
Erudición de España:

goza lo que te ofrece  
este jardín de Febo,  
dulce Helicon nuevo  
que torres honran y cristal guarnece;  
goza sus bellas plantas,  
que maravillas tantas  
admiraciones son y desenojos,  
néctar del gusto y gloria de los ojos.

### III

*En la creación del cardenal Don Enrique de Guzmán*

Generoso mancebo,  
purpúreo en la edad más que en el vestido,  
en rosicler menos luciente Febo  
a invidiarte ha salido.  
Tú, en tanto, esclarecido  
del rubí en hilos reducido a tela,

dignamente serás hoy agregado  
al Colegio sagrado,  
fecundo seminario de claveros.  
¡Oh cuánta beberás en tanta escuela  
religión pura, dogmas verdaderos,  
gobierno prudencial, profundo estado,  
política divina!

¡Consistorio del Santo  
Espíritu asistido!  
Dígalo tanto dubio decidido,  
tanta sana doctrina.  
¿Aclamaré a los tales,  
príncipes? Mucho más es cardenales:  
flamante en celo el más antiguo manto,  
si bien toda la púrpura de Tiro  
grana es de polvo al último suspiro.

Tu exaltación instada  
de Filipo fue el Cuarto, del monarca  
que al Sol fatiga tanto  
lustralle sus dos mundos en un día.  
Al siempre Urbano santo,  
Octavo en nombre y en prudencia uno,  
santísimo piloto de la barca  
que (repetido en él) Pedro le fía,  
no fue el ruego importuno  
del Católico, pues, si dilatada  
tu creación, la gracia le fue hecha.

¡Oh, quiera Dios unir en liga estrecha  
estos dos de la Iglesia tutelares  
y al joven cristianísimo con ellos!  
Libarán tres abejas lillos bellos,  
y melificarán, no en corchos vanos,  
sino en las que abrirán nuestros leones  
bocas, de paz tan dulce alimentadas.

Llaves dos tales, tales dos espadas,  
escondiendo con velas ambos mares,  
cuantos le dio sacrílegos altares  
Europa a la herejía  
extirparán un día;  
y otro no sólo, no, abominaciones  
darán de Babilonia al fuego, entrando  
los muros de Sión, mas alternando

himnos sagrados, cánticos divinos,  
abrirán paso a cuantos peregrinos  
tan libres podrán ya como devotos,  
besando el mármol, desatar sus votos.

El Conde-Duque, cuya confidencia  
reclinatorio es de su gran dueño  
(¡cuán bien su providencia  
timón del vasto ponderoso leño,  
gobierno al fin de tanta monarquía,  
lamiendo escollos ciento  
lo ha conducido en paz a salvamento!),  
éste, pues, pompa de la Andalucía,  
gloria de los clarísimos Sidones,  
de los Guzmanes digo de Medina,  
solicitó süave tu capelo.

¿Qué mucho ya, si el cielo,  
entre los muchos que te influye dones,  
sobrino te hizo suyo, de una hermana  
valerosa y real, sobre divina?  
Dígalo el Betis, de quien es Diana;  
el Carpio, de quien es deidad, lo diga.  
Tú a la Fortuna amiga  
átomo no perdones de propicia.  
Goza la dignidad cardenalicia,  
unos días clavel, otros viola.

La ingenuidad observes española,  
la duplicidad huyas extranjera;  
tus colegas admiren la severa  
dulce afabilidad que te acompaña.  
Que al duodécimo lustro, si no engaña  
cuanto abrazan las zonas,  
te espera el Tíber con sus tres coronas.